

CUENTO

Huichzilopochtli

JOSE MANUEL RODRIGUEZ*

Los secretos susurrados por los astros pertenecen tácitamente a los descendientes directos de mi pueblo, a los que ascendían por las pirámides del miedo buscando un corazón abierto de doncella, en el valle de Marimar, con las plumas del único ejemplar vivo del ave del paraíso en la cabeza, mi abuelo presidía el desfile de sombras en la madrugada del primer día del dragón emergiendo del sueño, pletórico de fantasmas y de búfalos indefensos y calcinados en su frente, hablaba quedo ante al viento enrarecido, ante la desolada extensión de campos roturados, bajo la lluvia milenaria de conceptos y de dogmas, y siempre tras mi abuelo los cientos de habitantes de la desidia, hombres y mujeres sin rostro ni pasado, sus cánticos de guerra y de soledad, las montañas azules, siempre tras de él el mar inmenso y ajeno, poblado de sirenas y de barcos estancados en otra dimensión, y solo, con los ojos abiertos a la vida, mi abuelo, brillante los acantilados de sus arrugas, al acecho los miles de hijos que su simiente oscura habían sembrado en inacabables horas de entrega lenta y ardua, levantaba el puñal de piedra como si levantara una cortina de humo y se perdía ojos adentro saboreando el pavor que se enclaustraba dueño y señor de ese cuerpo joven y engarrotado por el frío de la sierra, eres mía, le susurraba mi abuelo a la mujer doncella hija del odio y le rompía el tambor inflado de su pecho y al eco de la música guerrera se saciaba de sangre fresca y tibia, y dejaba que sus dedos escarbaran piel y huesos rotos con las mejillas encendidas de placer, temblando, rememorando en su mente un paisaje grato de su ayer, un río, un inmenso cocodrilo y una fogata, sentía simple la satisfacción de saberse en el ojo del huracán, en la cresta de la hecatombe, y mi pueblo, harto de con-

* Egresado del Taller de Escritores de la Universidad Central, ganador del Primer Premio "La porte des poetas", 1992, París.

templarse en las nubes ennegrecidas del cielo, se arrodillaba a contemplar el surtidor de lava que hacía vibrar ese pecho deseado, custodiado, de la mujer elegida en un antiguo atardecer de mayo, y el torrente salvaje de sangre fresca bajaba desbocado los escalones de la noche día noche día eterna hasta formar un lago en mitad de la plaza, y los gritos desgarrados de mi abuelo proclamaban el derecho a caminar con el rostro altivo, fiero, orgulloso, de morador insomne de los Andes, y se desnudaba despacio buscando concluir el mecánico rito ya añejado y vacío a la luz de las miles de pupilas secas e indiferentes que lo obligaban a penetrar al lago fundiéndose materia y alma con el espíritu de la doncella liberadora del tedio y de las culpas, y el halcón de la dicha depositaba una rama de olivo junto a sus vestiduras viejas y olorosas a comida podrida y a desahogos naturales, y mi abuelo, con su cuerpo enclenque y blanquecino, con sus pies de piedra, con sus manos de uñas aceradas y largas, se lanzaba de cabeza al agua tibia y roja del lago y se dejaba hundir con un espasmo epiléptico y borracho al ritmo incesante y melódico de los cantos del pueblo, y allí, tieso como un pájaro muerto sobre el agua, lo sorprendía la madrugada de los tiempos sollozando su paso temporal por esta tierra de sones y de congas, y mi abuelo, recién nacido al mundo de querellas y de esencias mezcladas, se vestía en silencio, poseedor del secreto, seguro de la dualidad estéril de su camino rimbombante, y recogía, llenando con sigilo, un saco de piedras del gran muro y caminaba unicornio de caballos blancos hacia la pirámide de los sacrificios y espantaba a los buitres de sobre el cadáver ya putrefacto de la mujer, y los buitres asimilaban con valor los golpes y se peleaban entre sí arrancándose jirones de su carne, disputándose las entrañas jamás laceradas de la ofrenda, y mi abuelo, solitario en la inmensidad del valle de los reyes, se sentaba en la hoguera a contemplar desde sus alturas inhóspitas la pasividad agraria y pueril de mi pueblo y lloraba en silencio, lloraba con su llanto de niño, lloraba y su llanto recorría los caminos y las chozas, y a la vera de los buitres, a la vera del tiempo y de sus inagotables puñales de piedra y fantasía, levantaba su voz clamando a las estrellas un nuevo amanecer, un nuevo bisonte de ojos quietos calentando su hoguera.